

un clasicismo sin sorpresas

CADA nuevo film de Wyler —con excepción del desdichado «Ben-Hur»— plantea, o mejor replantea, el problema del clasicismo en el cine. En un momento de su evolución tan complejo como el actual, en que la querrela entre modernidad y formulismo aparece planteado en términos muchas veces apasionados, el cine de William Wyler es como algo al margen de los tiempos, como un remanso de aguas plácidas en el que está previsto de antemano el efecto de la menor piedrecilla que a él se arroje. En Wyler se da esa estratificación de todo lo que de más profesional, de más «sabios», hay en el cine americano de los últimos treinta años. ¿Se trata de algo por lo que haya que borrarle de la faz de la tierra? O, por el contrario, como pretendió Bazin en un artículo mil veces citado, de algo que hace de él uno de los pocos verdaderos grandes, a través de su «estilo sin estilos». Creo que ni lo uno ni lo otro.

Si es indudable que hoy nos interesa en mucho mayor grado —al margen de lo tremendamente discutibles que sean sus actitudes— el cine de un Godard o un Resnais, de un Zurlini o un Visconti, de un Richardson o un Donner, que el del más pulcro y laborioso realizador americano en la línea de un Wyler, un Stevens o un Zinnemann, no lo es menos que, en el complejo tinglado del cine-espectáculo, estos hombres siguen teniendo un sitio que difícilmente les será arrebatado. Frente a la experimentación de los «modernos», ellos abogan por la «obra bien hecha», sin olvidar algo tan importante como son los actores, en torno a los cuales organizan su puesta en escena y de los que extraen, en cada caso, el mayor partido posible. Acostumbrados a trabajar con todas las garantías —sólidas obras literarias como punto de partida, espléndidos repartos, equipos supercompetentes y abundancia de medios— sus obras son, por lo general, productos habilísimos, sin ningún fallo, pero también sin una excesiva personalidad y, en consecuencia, si menos discutibles que las de quienes intentan renovar el lenguaje cinematográfico, también mucho menos apasionantes. Siempre, ante cada obra de Wyler, cabe pensar lo que habría hecho otro hombre con el mismo punto de partida. Ante «El coleccionista», recién estrenada en nuestras pantallas, puede pensarse en Hitchcock, en Losey, en Buñuel. Este ya realizó hace años su propia versión de una obra literaria también adaptada por Wyler, «Cumbres borrascosas», que según quienes han tenido la suerte de verla, está mucho más cerca del delirante y torturado mundo de Emily Bronte que el demasiado frío y correcto film de Wyler, a pesar de la diferencia de medios de que se dispuso y de la diferencia de categoría de los intérpretes empleados. Buñuel, en efecto, habría hecho de «El coleccionista» algo comparable al fabuloso «Eli», Losey habría volcado su interés en las relaciones de dominación que constituyen el eje motor de su última etapa creacional, Hitchcock habría sabido evitar la monotonía que a veces se apodera de la narración y, mediante una inteligente utilización del humor habría hecho «pasar» lo que de truco, de procedimiento, de facilidad, hay en más de una escena del film, especialmente en la visita del coronel y en la escena de la colección de mariposas...

Pero no se trata de lo que otro hombre hubiera hecho, sino de enfrentarse al film que existe. Desde lo que quiso ser, puede hablarse de una obra conseguida. Nada falla y nada es genial. Mediante un habilísimo «tour de force» se logra sacar adelante, sin forzar demasiado las cuerdas, una situación única apoyada en dos únicos personajes y desarrollada, prácticamente, en un único decorado. En el fondo, y llevando las cosas a su límite, Wyler no ha hecho sino volver al «estilo sin estilos» de sus films más célebres interpretados por los grandes «monstruos sagrados» de cada época, de Bette Davis —«La lobas», «La carta», «Jezebel»— a Gary Cooper —«El forastero», «La gran prueba»— pasando por Merle Oberon —«Cumbres borrascosas», «Esos tres»—, Bogart —«Hombres desesperados», «Dead ends»— u Olivia de Havilland —«La heredera»—. Mantener el interés durante cerca de dos horas de proyección en estas condiciones sin caer en el teatro filmado, lograr con dos actores jóvenes y casi principiantes los mismos resultados que con los avezadísimos intérpretes de la mejor época de Hollywood, no perder las riendas en una empresa peligrosamente abocada al melodrama o a la disertación son tantos a tener en cuenta, aunque en contrapartida pueda hablarse, si no de un amaneramiento, sí de un cierto manierismo, derivado de una meticulosidad excesiva en la composición de cada plano, en la distribución de cada elemento del decorado, en cada gesto, cada movimiento, cada elemento del vestuario de los actores. No es tan frecuente, sin embargo, la obra realmente «terminada» como para que «El coleccionista» pueda ser rechazada.

Wyler ha dicho en una entrevista: «Siempre he procurado dirigir mis films sin tener en cuenta mis sentimientos personales». Pero también ha declarado: «Los tres —refiriéndose a Capra, Stevens y él mismo— hemos participado en la guerra. Ha ejercido sobre cada uno de nosotros una influencia profunda. Sin esta experiencia no podría haber hecho mi film —«Los mejores años de nuestra vida»— como lo he hecho. Sé que George Stevens no es el mismo desde que vio los cadáveres de Dachau. Tenemos que hacer constar que Hollywood apenas refleja el mundo y el tiempo en que vivimos». No se trata, pues, de un hombre que pretenda hacer un cine mistificador, que se sirva conscientemente del medio de expresión que tiene entre las manos y al cual ha dedicado su vida para falsear la realidad. Lo mismo que no se trata de un revolucionario. Ni —en la actualidad— de un renovador. Estamos, simplemente, ante un profesional. Un profesional excelente. Lo que no es poco.

CESAR SANTOS FONTENLA

FOTO CONCURSO

Invicta

RADIO / TELEVISION

BOTONERA DE ORO

N.º 2 - ENERO



En esta Foto-Concurso INVICTA existen 5 variantes. El concursante hará constar en la foto inferior los errores que observe, señalándolos con un círculo.

Recorte el boleto por la línea de puntos, indicando su nombre y dirección, y deposítelo en el buzón que a tal efecto tienen los establecimientos de electrodomésticos distribuidores de INVICTA.

Entre las soluciones acertadas, cada primer lunes de mes se celebrará ante Notario el sorteo de un Televisor INVICTA BOTONERA DE ORO.

SOLUCION A LA FOTO-CONCURSO PUBLICADA EN EL MES DE DICIEMBRE.



Próximamente, previo sorteo ante Notario, se comunicará el nombre de la persona que ha sido favorecida con el televisor.